

## *Diálogo de Hércules y Atlas*

HÉRCULES: Padre Atlas, Júpiter me envía y desea que te salude de su parte y, en el caso de que estuvieses fatigado de este peso, que yo lo soporte durante una hora, como hice hace ya no sé cuántos siglos, mientras tú tomas fuerzas y descansas un poco.

ATLAS: Te doy las gracias, pequeño Hércules, y me siento además muy agradecido hacia la majestad de Júpiter. Pero el mundo es tan ligero que esta capa que llevo para protegerme de la nieve me pesa más; y si no fuese porque la voluntad de Júpiter me obliga a estar aquí quieto y a tener esta bola sobre la espalda, me la colocaría bajo el sobaco o en el bolsillo, o me la ataría colgando de un pelo de la barba, y me iría a hacer mis cosas.

HÉRCULES: ¿Cuál puede ser la razón de que se haya aligerado tanto? Bien me doy cuenta de que ha cambiado de forma, que se ha convertido en una especie de panecillo y que ya no es redonda, como era en los tiempos en que yo estudiaba Cosmografía para llevar a cabo aquella grandísima navegación con los Argonautas; pero aun así no me explico cómo pesa menos que antes.

ATLAS: De la causa nada sé, pero la ligereza de que te hablo puedes confirmarla ahora mismísimo sólo con que quieras tomarla un momento con la mano y probar su peso.

HÉRCULES: A fe de Hércules que si no lo hubiese probado no podría jamás creerlo. Pero, ¿qué novedad es ésta que descubro? La otra vez que la tomé me palpitaba fuertemente en la espalda, como palpita el corazón de los animales; y producía un cierto rumor continuo, como el de un avispero. Pero ahora, en lo que a palpar se refiere, se asemeja a un reloj que tuviese roto un muelle; y en cuanto al murmullo no oigo tan siquiera un silencio.

ATLAS: Tampoco de esto te puedo decir nada, sino es que hace ya mucho tiempo que el mundo dejó de hacer cualquier movimiento y rumor sensible y con grandísima sospecha estuve de que estaba muerto, esperando de día en día que me infestase con su hedor; y pensaba en cómo y en qué lugar lo pudiera enterrar, y el epitafio que le debiera poner. Pero después, viendo que no se corrompía, deduje que el animal que era en un principio se hubiese convertido en planta, como Dafne y tantos otros; y que de esto provenía el hecho de que no se movía ni respiraba; y temo aún que, dentro de poco, eche raíces en mi espalda y que en ella arraigue.

HÉRCULES: Yo más bien creo que duerma, y que este sueño sea como aquél de Epiménides, que duró más de medio siglo; o como se cuenta de Hermótimo, que el alma le salía del cuerpo cada vez que quería, y fuera de ella estaba muchos años, viajando a placer por distintos países, y después volvía hasta que sus amigos, para acabar con esta burla, quemaron el cuerpo; y así, cuando el espíritu quiso volver a entrar, encontró que la casa estaba deshecha, y que si quería vivir a cu-

bierto le convenía tomar otra en alquiler o ir a la fonda. Pero para evitar que el mundo no duerma eternamente y que algún amigo o benefactor, pensando que él ha muerto, no le prenda fuego, yo deseo que intentemos algún modo de despertarlo.

ATLAS: Bien. Pero, ¿de qué modo?

HÉRCULES: Yo le daría una buena paliza con esta porra, pero creo que terminaría por aplastarlo y convertirlo en una oblea; o que la corteza, teniendo en cuenta que se ha vuelto tan ligero, haya llegado a ser tan sutil que se me resquebraje con el golpe como un huevo. Además, no estoy seguro de que los hombres, que en mis tiempos combatían cuerpo a cuerpo con los leones y que ahora lo hacen con las pulgas, mueran todos a un tiempo del porrazo. Lo mejor será que yo deje la porra y tú el gabán, y que juntos juguemos a la pelota con esta esfera. Me disgusta no tener aquí los brazales y las raquetas que Mercurio y yo llevábamos para jugar en casa de Júpiter o en el huerto. Pero bastarán los puños.

ATLAS: Precisamente, para que así tu padre, viendo nuestro juego y entrándole ganas de ser el tercero, con su cetro de fuego nos precipite a los dos no sé dónde, como a Faetón en el Po.

HÉRCULES: Así sería, si yo fuese, como era Faetón, hijo de un poeta, y no su propio hijo; y, además, si los poetas poblaron las ciudades con el sonido de su lira, a mí me basta el ánimo de despoblar el cielo y la tierra con mi porra. Y su cetro, con una patada que le diese, lo haría saltar de aquí al último desván del cielo. Pero estate seguro de que, aunque tuviese el capricho de

arrancar cinco o seis estrellas para hacer un castillito, o de tirar al blanco con un cometa, como con una honda, agarrándola por la cola, o servirme del sol para jugar al disco, mi padre haría la vista gorda. Además, la intención de nuestro juego es la de hacer el bien al mundo. No como la de Faetón, que su propósito fue el de mostrar su ágil persona a Las Horas, que le tuvieron el estribo cuando subió al carro; la de adquirir fama de buen cochero con Andrómeda y Calixto y con las otras hermosas constelaciones, a las cuales es de todos conocido que al pasar fuese arrojando manojos de rayos y bolitas de luz almibarada; y la de ofrecer una bella demostración de sí mismo a los celestes dioses durante el paseo de aquel día festivo. En suma, no te preocupes de la cólera de mi padre que yo, en todo caso, me comprometo a pagarte los daños; y sin más que hablar, quítate la capa y manda la pelota.

ATLAS: O de grado o a la fuerza me convendría hacer lo que me pides, porque tú eres gallardo y estás armado, y yo estoy desarmado y viejo. Pero procura al menos no dejarla caer, que no se le hagan otros chichones, o que se le magulle o se le rompa alguna parte, como cuando Sicilia se separó de Italia y África de España; o salte fuera alguna astilla, como por ejemplo una provincia o un reino, de tal forma que se produjese a causa de ello una guerra.

HÉRCULES: Por mi parte no debes tener cuidado.

ATLAS: Ahí va la pelota. Mira cómo cojea a causa de que tiene estropeada la figura.

HÉRCULES: Ánimo, dale un poco más fuerte, que aquí llega.

ATLAS: Aquí no valen tretas, porque, según es costumbre, si tiras alto la pelota coge viento por ser ligera.

HÉRCULES: El de andar a la caza del viento es un antiguo pecado.

ATLAS: En verdad no estaría mal que la hinchásemos, ya que veo que no salta sobre la mano más que un melón.

HÉRCULES: Éste es un nuevo defecto: que antiguamente saltaba y bailaba como un cabritillo.

ATLAS: Corre pronto allí; deprisa, te digo. Mira, por Dios, que se cae. ¡Maldito sea el momento en que has venido!

HÉRCULES: Tan falsa y rasa me la has tirado que no hubiera podido llegar a tiempo ni aunque hubiera querido romperme el cuello. ¡Ay de mí! ¡Pobrecita! ¿Cómo estás? ¿Te has hecho daño en alguna parte? No se oye un respiro ni se mueve un alma. Y parece que todos duermen como antes.

ATLAS: Déjame, por todos los cuernos de la Estigia, que me la vuelva a colocar sobre las espaldas; y tú coge la porra y vuelve enseguida al Cielo a excusarme con Júpiter de este hecho que ha sucedido por tu culpa.

HÉRCULES: Así lo haré. Hace ya muchos siglos que está en casa de mi padre un cierto poeta, de nombre Horacio, admitido como poeta de Corte a instancias de Augusto, que fue deificado por Júpiter en consideración al poderío de los Romanos. Este poeta va canturreando algunas de sus cancioncillas. Y, entre ellas, una que dice que el hombre justo no se mueve, aunque se caiga el mundo. Creeré que todos los hombres son justos porque el mundo ha caído y ninguno se ha movido.

ATLAS: ¿Quién duda de la justicia de los hombres? Pero tú no estés aquí perdiendo el tiempo y corre arriba enseguida a disculparme con tu padre, que yo espero, de un momento a otro, un rayo que me transforme de Atlante en Etna.